



La personificación en el interjuego institucional.

Oscar Alfredo ELVIRA

En el interjuego institucional entre los miembros, se suele observar un intercambio pleno de sentido simbólico, el cual puede ser pensado en concordancia con asertos teóricos analíticos, los cuales se alinean en una dimensión epistémica, la que se corresponde con los aportes de muchos analistas que se han dedicado a pensar el funcionamiento psíquico, desde lo individual a lo colectivo, que delinea un tipo particular de personificaciones. Es el propósito del presente trabajo, intentar madurar esta dimensión, la cual se puede modelizar como una puesta en escena, desde varios vértices como son: el individual, el intersubjetivo y en el entramado colectivo. En esos espacios, se le puede prestar atención, al despliegue de lo inconsciente y lo pulsional, fenómeno que puede ser pensado desde diferentes modelos metapsicológicos en el campo del psicoanálisis. Se ilustrará con algunos ejemplos de esas producciones que, se ponen en escena habitualmente, las que servirán como lecturas posibles, las que no pretenden agotar la inmensa variedad de creaciones individuales y colectivas.

Desarrollo teórico.

Freud (1923) cuando enunció su segunda tópica, fue entre otras cuestiones, como producto y consecuencia de la reformulación que había realizado sobre las pulsiones. A su vez, con esta evolución de su teoría, tanto el amor como el odio, adquirieron categorías ligadas a la vida y a la muerte, pero también dijo que el Yo, tiene tres vasallajes, con: el Ello, el Superyó y el mundo externo. De este entramado, se desprende que el Yo, como funcionario ejecutivo de la vida del sujeto, tendrá su dependencia del Ello, escenario del proceso primario, de las pulsiones y ligado al principio de placer, resulta que es el reservorio de un entramado de vivencias corporales y mentales que alimentan la vida psíquica del

sujeto, del Superyó que surge de la introyección de las figuras paternas y de las significativas en la vida de todo humano, se va a encontrar con otra realidad que es la externa, con la cual emprenderá un vínculo, el cual estará signado tanto por la realidad interna, como con la externa. A su vez Freud (1913), señala con agudeza una dimensión importante del entramado de los vínculos humanos, que proviene desde la noche de los tiempos, sobre: *“Las creaciones proyectivas de los primitivos se asemejan a **las personificaciones** mediante las cuales el poeta saca de sí, como unos individuos separados, las mociones pulsionales contrapuestas que **libran batalla dentro de él**”* (El subrayado es mío) (Freud, S. 1913: 70). Esta manifestación “primitiva”, es susceptible de observar cotidianamente en el intercambio institucional, como una dimensión cualitativa y cuantitativa del funcionamiento psíquico.

M. Klein (1929), en el desarrollo de su obra, estuvo inspirada en un primer momento en los progresos de la teoría freudiana (Elvira, Oscar A., 2006), le otorgó suma importancia a las pulsiones de vida y de muerte, como a la segunda tópica freudiana, pero realizó una innovación central, al pensar el aparato psíquico y sus instancias: Yo, Ello y Superyó, como personajes internos de todo sujeto humano y que en los niños se pone en escena en el juego, desde dónde esta actividad lúdica, a su vez depende centralmente de la realización de deseos, *“los que predominan claramente sobre el reconocimiento de la realidad”* (Klein, M. 1929: 193) y que: *“...la actitud hacia la realidad está emparentada con los factores de realización de deseos y personificación, que usamos hasta aquí como criterio de la situación mental”* (Klein, M. 1929: 196). La aguda mirada de esta analista, que se dedicó a desentrañar el funcionamiento psíquico “primitivo”, sobre todo en el primer año de vida, está en consonancia con lo que venía de alguna forma manifestando Freud, a lo que agrega este teatro interno, que es un aporte interesante para poder ser rescatado y repensado.

Es decir que, tanto S. Freud como M. Klein, cada uno con sus propios desarrollos sobre la constitución subjetiva y en diálogo con el mundo que lo rodea, van a darle un lugar central a la proyección de las propias mociones pulsionales en el mundo externo, las cuales podemos acreditarlas en el juego de los niños y sus personificaciones, las cuales estarán teñidas por instancias psíquicas que tendrán sus efectos interna y externamente en las producciones que los humanos engendramos.

W. Bion (1974), como lo sabemos, estuvo muy interesado en pensar los desarrollos psicoanalíticos de Freud y M. Klein, tal vez del primero lo atrajo como había desarrollado los conceptos de dos principios del acaecer psíquico, tanto desde el principio de placer, como el de realidad, dónde le prestó interés a: la atención, la memoria, las producciones mentales ligadas a las fantasías y los sueños. También pensó los fenómenos grupales e instituciones, sobre estos últimos señaló: *“Uno de los problemas con que se enfrentan los psicoanalistas, sobre todo aquellos a quienes concierne la organización, el desarrollo y la supervivencia de la actividad psicoanalítica en su totalidad, es que **sí las instituciones analíticas no promueven el desarrollo del psicoanálisis, nadie más lo hará**”* (El subrayado es mío) (Bion, W. 1974: 68). Es decir, que nuestro autor nos invita a no solo pensar lo intrapsíquico, sino también la relación con las producciones en el mundo externo, que se reflejan fundamentalmente en las instituciones que creamos.

Pichón Riviére, uno de los analistas más brillantes del psicoanálisis rioplatense y latinoamericano, tuvo la capacidad de incluir en su producción, tanto los progresos de: Freud y Klein, a los que les sumó los propios, como la dimensión personal y grupal, adquirieron una relevancia central, al poner en diálogo el espacio vincular. Este vértice, fue producto de una evolución en el tiempo de su producción y elaboración, a la que definió, como: *“La indagación analítica de ese mundo interno me llevó ampliar el concepto de “relación de objeto”, formulando la noción*

de vinculo, al que defino como una estructura compleja que incluye un sujeto, un objeto, su mutua interrelación con procesos de comunicación y aprendizaje”(Pichón Riviére 1971: 10). De esto podemos inferir, que cada sujeto en la institución, porta un mundo interno, el que se pone en diálogo consigo mismo y con los otros, a través de modelos comunicacionales que le son propios, tanto en lo subjetivo como en el entramado colectivo, a los que: “...describimos en última instancia al aprendizaje como el proceso de apropiación instrumental de la realidad para modificarla”.(Pichón Riviére 1971: 142). Es decir, nos invita a modificar la realidad, no solo en la dimensión intrapsíquica sino en la ligada al mundo externo. Esto lo condujo a pensar que: “*Las enfermedades mentales son resultantes de conflictos de los individuos con la sociedad*”. (Zito Lema, Vicente (1976: 89). Surge el interrogante, ¿es posible que en las instituciones y en particular las psicoanalíticas, a las cuales nos estamos abocando, se reproduzca esta dimensión de la mente?.

J. Bleger, tal vez sin proponérselo conscientemente, le cupo el lugar de seguir profundizando el pensamiento de su analista Pichón Riviére, al igual que cambiar e ir enriqueciendo aún más las producciones psicoanalíticas tanto en la teoría como en la clínica. Así nos legó ideas muy interesantes, para pensar el entramado psíquico individual como institucional. Es ya un clásico de la teoría de la técnica, sus aportes al estudio del encuadre psicoanalítico, allí hizo extensiones desde lo individual a lo institucional al proponer: “*Lo que organiza al yo no son sólo las relaciones estables con los objetos o instituciones sino las frustraciones y gratificaciones ulteriores*” (Bleger, José, 1972: 239). Es decir, que nos sitúa en nuestra condición humana de seres gregarios, de la necesidad de convivir con otros y dónde allí podemos adquirir la capacidad de establecer vínculos profundos, dónde nuestro narcisismo se confrontará con el de los semejantes, el cual necesariamente nos brindarán acuerdos y diferencias. Esto lo lleva a definir a la institución, como el producto de: “*Una relación que se prolonga durante años con*

el mantenimiento de un conjunto de normas y actitudes..." (Bleger, José, 1972: 238). Los analistas, como usuarios de esta dialéctica vital, creamos instituciones, las modificamos y las cristalizamos continuamente, como producto de nuestra producción consciente e inconsciente.

R. Kaës (1987), apoyado en Freud y en los desarrollos de los analistas rioplatenses, supo extenderla teoría psicoanalítica a los fenómenos institucionales. Allí se detiene a pensar la institución en el *"campo del psicoanálisis"*, dónde resaltó las dificultades narcisistas promovida en cada uno de sus miembros, dónde se debe delegar algo del interés permanente, dado que según sus palabras: *"...nos vemos apresados en el lenguaje de la tribu y sufrimos por no hacer reconocer en él la singularidad de nuestra palabra"* (R. Kaës. 1987:15). Es decir, que la institución nos precede, como en toda tribu, la que cuenta con una historia, con un entramado cultural que desarrollan cada uno de sus miembros en particular, los que producen una forma típica de pensar, el cual los distingue y diferencia de las otras instituciones. Piensa que: *"La institución es el conjunto de las formas y las estructuras sociales instituidas por la ley y la costumbre: regula nuestras relaciones, nos preexiste y se impone a nosotros: se inscribe en la permanencia"* (R. Kaës. 1987:22). Esto a su vez conlleva, rescatando a Castoriadis, con la dimensión instituida e instituyente, la cual promueve en sus miembros, algo de lo mudo e inamovible (lo instituido) y por otro lado, suscita y necesita del cambio, lo que conlleva a un movimiento hacia lo nuevo, lo desacralizado y ciertas modificaciones a los rituales que la sostienen.

I. Berenstein y J. Puget (1997), distinguidos analistas de nuestra institución y del psicoanálisis en general, han propuesto tres dimensiones para pensar al sujeto humano: lo intra, lo inter y lo transubjetivo. Sobre este tema, han señalado: *"...nos dimos cuenta de que poco a poco se fue delimitando un campo donde el papel de la pulsión y su correlato, la significación a partir del mundo interno, aunque enorme, tenía una riqueza explicativa no suficientemente abarcador para la*

cuestión referida a la relación entre dos o más yoes” (I. Berenstein y J. Puget, 1997: 15). De este interjuego, entre lo personal, el encuentro con un otro diferenciado y con lo social, nos han legado una mayor profundidad para pensar los fenómenos entre los individuos y sobre todo en el aspecto institucional. Centrarón sus desarrollos de la teoría vincular y proponen como central el lugar de lo nuevo, de lo diferente, que ocurre en un encuentro entre un sujeto y otro, que no es producto de una repetición, sino de una nueva dimensión, la que pide ser pensada desde la alteridad y lo desemejante. Para ello proponen: “...está en relación con la idea de que un conocimiento necesariamente conlleva un proceso de desestructuración, y la ansiedad que esto genera para la persistencia del vínculo” (I. Berenstein y J. Puget, 1997: 344). Es decir, que para que una institución permanezca en el tiempo, requiere de la participación de la membresía y de una plasticidad mental para darle lugar a lo nuevo, a lo impensado, ya no como repetición sino como acontecimiento.

Horacio Barredo (2009), como director del XXXI Simposio anual de nuestra institución, al que se denominó: “El analista frente al malestar, vicisitudes de la clínica y de lo social e institucional”, reflexionó sobre esa propuesta, al decir: “*Los últimos acontecimientos institucionales, los sucesos sociopolíticos nacionales e internacionales que pueblan a diario nuestra vida, fueron generando la necesidad de que el simposio abarcara no sólo lo relacionado con la teoría y/o la clínica psicoanalítica, sino también con el campo social e institucional*” (Barredo, Horacio. 2009: 9). Podemos colegir, a partir de este escrito más los que lo preceden, que cada vez se va situando la necesidad de pensar el interjuego institucional desde cada uno de los miembros en el intercambio con sus pares.

Algunos fenómenos observables en la experiencia institucional.

Intento sostener mi hipótesis, sobre este basamento teórico, para luego intentar demostrar que en toda institución y en particular en la psicoanalítica, aquella con la que convivimos y construimos diariamente, se repiten una serie de fenómenos

intra, inter y transubjetivos entre sus miembros, los cuales pueden conducir a fenómenos tan patológicos como saludables dentro de la misma. Pienso que tanto los fenómenos neuróticos, como psicóticos, se actualizan permanentemente y requieren, en el mejor de los casos de su elaboración y si esto no se logra, surgen fenómenos de malestar institucional que conducen a reyertas internas, desalojo de alguno de sus miembros, tanto porque se los aísla o se los conduce hacia la renuncia a su pertenencia a ese colectivo. Se debate un entramado de alianzas, como un modelo tribal, a los cuales cada uno de sus integrantes se reconocen como miembros de la tribu y, se rechaza o se integra, a los que provienen de otro linaje. Una dimensión elaborativa, conducirá a la transformación y vitalidad de la institución, la que convive con fenómenos patológicos de narcisismos recalcitrantes que no aceptan al que piensa diferente o trae un pensamiento nuevo, siguiendo esta vía, llegamos al territorio del fanatismo, donde existe la posibilidad que la institución desaparezca o quede debilitada por este pensamiento anquilosado. Vayamos algunos apuntesilustrativos que se observan en la vida institucional.

“Ese es un loco”. Más de una vez, he escuchado esta afirmación sobre algún analista de nuestra institución o de otras. Pienso que es un fenómeno que podemos reproducir cada uno de nosotros cuando funcionamos como un Ello, que intenta desplegar en la escena institucional algo de nosotros mismos. Hasta el mismo Freud (1913), escribió en una carta a Ferenczi, lo siguiente: *“Ud. tiene razón. Nuestros queridos suizos se han vuelto locos. Maeder emplea el tono doctoral al igual que Jung el arrogante”* (Freud-Ferenczi. 1913: 195). Asimismo, el fundador del psicoanálisis, puede estar funcionando como un superyó que sanciona y delinea las diferencias.

“Eso no es psicoanálisis”. Hace más de dos décadas atrás, supe escuchar esta formulación superyoica, la cual se suele repetir, tal vez con menos intensidad en la actualidad, por algún profesor desde un seminario, aquel se refería a los que

trabajaban en un hospital, en orientación vocacional o en pareja y familia. Muchas veces, vemos como se sanciona al que lleva adelante una tarea que no se refiere a la clínica privada e individual. Desde este vértice, parecían asumir un legado que hablaba del “oro del psicoanálisis” y descartaban otras intervenciones, tal vez por la obra de matrices identificatorias, que tal vez, remitían a los orígenes de la fundación de la institución, dónde se necesitaba solidificar lo llevado a cabo. En este sentido, el yo del que lo formulaba, funcionaba como una prótesis que le sustentaba un saber y que relegaba a lo nuevo que podría estar surgiendo en el seminario, descartando aquellas prácticas analíticas que requerían de nuevas intervenciones clínicas.

“Terminala con los indios”, en el Congreso Argentino de Psicoanálisis llevado a cabo en la ciudad de Córdoba, en una reunión plenaria dónde asistíamos más de un centenar de oyentes, frente a lo que se había dicho desde el panel, un miembro de una institución cordobesa, hizo referencia a que no solo había existido un genocidio a cargo de los nazis, sino que en nuestro suelo, en la llamada campaña del desierto (no era para nada un desierto) se había asesinado a centenares de sujetos humanos provenientes de los pueblos originarios, desde el mismo público, un psicoanalista a los gritos, dijo lo que señalo al inicio de este epígrafe. Lo que avala, como desde las instituciones psicoanalíticas más de una vez, sus miembros reproducen los sentimientos e iras más profundas ligadas al odio y de no tolerancia a las diferencias étnicas y culturales.

A modo de conclusión provisoria.

He intentado pensar desde mi experiencia como miembro de la institución, como en ella se escenifican y reproducen cuestiones profundamente humanas, las que se representan tanto en intervenciones no pensadas (Ello), como sancionadoras (Superyó), con referencias al mundo externo. Asimismo observamos, como se suelen metabolizar estas dificultades, en reuniones

societarias dónde se intenta pensar las dificultades por las que atraviesa la institución y su membresía. Si surge la elaboración, la tolerancia hacia lo nuevo, a lo no pensado, podrá establecerse un nuevo vínculo societario (individual y grupal) que conlleve a la supervivencia de la institución, a no vivir en una isla, lo que nos invita persistentemente a transformar esa realidad interior y exterior.

Descriptor: dimensión intrapsíquica, vínculo societario, institución, personificación.

Bibliografía

- Barredo, Horacio (2009). El analista frente al malestar, vicisitudes de la clínica y de lo social e institucional. Libro del simposio. APdeBA. 5-6-7 de noviembre de 2009.
- Bleger, José (1972). Simbiosis y ambigüedad. Estudio psicoanalítico. Paidós. Buenos Aires. 1972 (primera edición).
- Elvira, Oscar Alfredo (2006). Los tres ensayos en y de Klein. Revista Psicoanálisis. Volumen XXVIII, nro. 1. 2006. Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires (APdeBA). Buenos Aires.
- Freud, Sigmund (1913). Tótem y tabú. Obra completa. Tomo XIII. Amorrortu editores. Buenos Aires. 1988.
- Freud, Sigmund (1920). Más allá del principio de placer. Tomo XVIII. Obra completa. Amorrortu editores. Buenos Aires. 1986.
- Freud, Sigmund (1923). El yo y el Ello. Tomo XIX. Obra completa. Amorrortu editores. Buenos Aires. 1986.
- Freud, S. – Ferenczi, S. (1913). Correspondencia completa 1912-1914. Editorial Síntesis. Madrid. 2001.
- Kaës, René (1987). La institución y las instituciones. Estudios psicoanalíticos. Paidós. Buenos Aires. 1998.



**Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires
XXXVII Simposio Anual**

- Klein, Melanie (1929). La personificación en el juego de los niños. En tomo 2, Contribuciones al psicoanálisis. Obra completa. Paidós. 1978.
- Pichon-Riviére, Enrique (1971). El proceso grupal. Del psicoanálisis a la psicología social (I). Nueva Visión. Buenos Aires. 1978.
- Zito Lema, Vicente (1976). Conversaciones con Enrique Pichon Riviére. Sobre el arte y la locura. Timerman editores. Buenos Aires. 1976.